Telón de Agora

LOS AÑOS DEL BACHILLERATO. LÁZARO. COSAS DE PAPÁ Y MAMÁ. EL AVARO.

José Luis Mañes ha traducido y adaptado con fortuna Los años del bachillerato, de José André Lacour.

En Los años del bachillerato las familias que vemos en escena, más o menos representadas por sus hijos, no son trigo limpio. A lo más que llegan es a guardar las apariencias. Pero con negligencia extrema para sus propios hijos. Los hijos aprenden de ellos los fallos de los otros y tarde o temprano sorprenden los fallos de sus padres. Está bien. La obra es un prodigio de construcción—y no era fácil—y observación. El autor ha oído expresarse, sin duda, a los escolares, con su sabiduría anticipada del mundo, con su acerba crítica, con su petulancia galla realmente enternecedora. Muchas frases parecen cogidas textualmente a la puerta de un Liceo, como la que afirma que *La condición humana,* de Malraux, está muy mal escrita. Es verdad. Llevan razón los chicos. Y la razón de la juventud anida casi siempre entre sus desmedidas exigencias. En fin, José André Lacour es un buen autor. Pero Los años del bachillerato, que tiene escenas llenas de acierto y sabiduría, deja escapar casi siempre lo verdaderamente profundo, y, a pesar del tema, se resigna, con desencanto nuestro, a no perder casi nunca su nacionalidad. En suma, una buena obra de la que nos olvidamos con facilidad alarmante.

José Luis Alonso dirigió la obra como él sabe hacerlo: como pocos lo hacen. En el largo reparto hay que destacar a José Luis Pellicena, Andrés Mejuto y Félix Dafauce. Mencionar a Ricardo Alpuente, Antonio Cerro, Francisco Melgares, Vicente Ros y Ana María Vidal. Y aprobar a todos.

Dido, Pequeño Teatro de Madrid, ha estrenado Lázaro, de André Obey.

Esta renovación escénica del misterio de Lázaro, estrenada hace diez años, está en la línea sobria y tensamente potéica que ha seguido siempre el autor de Noé. Drama desnudo, aventura dialéctica, sin nada superfluo. Bien expresado con honrada parquedad de oficio. Drama ceñido, sentido y expuesto apasionadamente, con destellantes buceos en el mundo de Lázaro. El hecho, magno hecho, ha ocurrido antes de comenzar la obra. Y luego es la palabra la que lo mueve todo: se hace carne, caldea la atmósfera, acerca o aleja a los personajes. El público sigue la única y prodigiosa acción de la palabra sin que decaiga su atención a los per-

sonajes que hablan frente a frente. Jesús da a Lázaro su Vida y se prepara a morir con la muerte arrancada al resucitado. En una habitación blanca, desnuda. Y en el centro, Lázaro; hablando con el médico que certificó su muerte, con el sepulturero que lo enterró, con Jesús. Con nueve personajes, algunos de los cuales hablan muy poco.

André Obey dice de su obra acertadamente: "No es sino una obra de imaginación, un trozo de aventura. Aventura interior, pero tan movida, tan accidentada, como un raid a cielo abierto. Creo que no es triste. Osaría decir que todo lo contrario."

Nada tiene que ver este LÁZARO con el de O'Neill, macbethetiano, paulino, con espacios abiertos y grandes masas. Sin quitarle nada de su grandiosidad e importancia—sobre todo en la segunda mitad—, nos parece este LÁZARO de Obey más verdadero, más cerca del parco y rico Evangelio, de nosotros.

La interpretación de LÁZARO de Julio Navarro fué magistral. Luego, José María Celdrán y Carmen Sáez.

Muy bien traducida por Miguel Peydro Caro y adaptada por Josefina Sánchez-Pedreño. Julio Diamante imprimió a su dirección una grata, impalpable flexibilidad.

COSAS DE PAPÁ Y MAMÁ, una nueva comedia de Alfonso Paso. Seguida esta vez con risas y aplausos frecuentísimos de todo el público, que obligaron al autor a hablar. COSAS DE PAPÁ Y MAMÁ es una comedia sobre la ilusión, con tema alentador y honesto. En las últimas obras de Alfonso Paso notamos una línea ascendente digna de elogio y esperanzadora.

A Alfonso Paso hay que imputarle que la palabra no le preocupa demasiado. El personaje que casi siempre en sus obras le representa —el *doctor Bolt* en ésta—suele decir cosas que parece que van a ser, pero que no son. Su humor fluctúa de Oscar Wilde—pasado por Neville o López Rubio—a Mihura *(¿Qué ha hecho Rusia hoy?)* o Jardiel (de verde habitación, muebles y personaje). La fórmula, a la vista está, resulta afortunada. Alfonso Paso obtiene grandes éxitos, tiene su público y hasta su crítico.

A nosotros nos pareció obra más fina EL CANTO DE LA CIGARRA. En COSAS DE PAPÁ Y MAMÁ el autor pisa o pasa la raya algunas veces. Hay, por ejemplo, una frase de significado y gusto tan dudosos como ésta: "Todos los madrileños son producto de una excursión a El Escorial." Pero ésta y otras ocurrencias resbaladizas, unidas a recursos innumerables de oficio, a veces innecesarios, como la intervención en el patio de butacas del *doctor Rodríguez,* estimulan continuamente la atención del público.

En el haber de la obra está la intención del tema, el derroche de oficio, cuatro o cinco magníficos "golpes", la escena final del primer acto, de emoción sobria y oportuna. En el debe añadiremos que la obra no acaba nunca de terminar. Acaba por lo menos tres veces. Lo mismo pasaba en EL CANTO DE LA CIGARRA.

Con sobriedad y maestría la interpretaron, bajo la dirección afortunada de Arturo Serrano, Isabel Garcés y Manuel Dicenta. Muy bien Fernando Nogueras, Julia G. Alba y Ricardo Lucia.

Los que amen el Teatro pueden y deben ver en el Español EL AVARO, de Molière, en versión de José López Rubio.

No voy a pedantear sobre EL AVARO, archiconocida, sino a nombrar y ponderar los factores que contribuyen a esta escenificación feliz.

Carlos Lemos, intérprete de *Harpagón,* en primer lugar. Tenaz, responsable, variado, animoso. De la calidad de un actor no podemos juzgar viéndole sólo una vez. A menudo prestamos atención a un actor por una interpretación afortunada y nos defrauda en adelante repitiendo ese papel—repitiéndose a sí mismo—en cualquier otro. En la carrera de Carlos Lemos no escasean los papeles cumbres. Y cuando está en escena vemos lo que ha pensado y cuidado el personaje fuera del teatro. Yo recuerdo sin esfuerzo parlamentos, actitudes, gestos de interpretaciones suyas. Carlos Lemos es excepcional. Si alguien lo duda o no lo sabe, que vea su *Harpagón.*

Asunción Sancho mostró en *Mariana* empaque, sobriedad y gracia femenina; Anastasio Alemán en *El flecha;* Laura Alcoriza en *Frosina;* José Bruguera, magnífico *gracioso,* en *El señor Jacobo;* Javier Loyola, en *El Comisario...*

Decorados y figurines, de Rafael Richart.

Y la dirección, de José Tamayo, ligera, subrayando en suave caricatura algunos pasajes, manteniendo y aun a veces resaltando el convencionalismo teatral.

Ver obras como ésta es asistir, sobre todo, a la milagrosa lozanía del gran Teatro, del genio y del único tema, el Hombre.

Han llovido obras de autores españoles. Nada importante, por desgracia. RAPTO, de Edgar Neville, en el Alcázar. LA HORA DE TODOS, de José María Muñoz Pujol, en el María Guerrero. Se celebró, en el Colegio Mayor "Santa María de la Almudena", el Primer Festival Nacional de Teatro Nuevo. Lo mejor fué, quizá, ELECCIONES GENERALES, de Agustín Gómez-Arcos. Luego, QUERIDO DONALD, de Leopoldo Martínez Fresno, y EL FARO, de Carmelo Martínez. Lo peor, con mucho, LA ISLA, de Molero Manglano, y UN SUEÑO EN PAÑO MENOR, de Sebastián Bautista de la Torre. En la R. Escuela S. de Arte Dramático, José Niño León estrenó LA NOCHE SENTADA EN UN BANCO. Y "Cauce" dió en el Círculo de Bellas Artes, en teatro circular, BERLÍN ESTE-OESTE, de Rafael Tamarit Crespo.

"Los Títeres", de la Sección Femenina, representan para los niños en el Goya PLUFT, EL FANTASMITA, de María Clara Machado, y EL RETABLO DE LAS MARAVILLAS, de Cervantes. En la A. C. I. se ha inaugurado la Tertulia Teatral Hispanoamericana, dirigida por Víctor Andrés Catena, con la lectura del magnífico AUTO DE LA GLORIOSA, de Ariano Suassuna, autor brasileño. El T. E. U. de Valencia, admirablemente dirigido por José Sanchís Sinisterra, ha estrenado con éxito merecido en el María Guerrero LOS HABITANTES DE LA CAVERNA, de William Saroyan. El conjunto universitario de Venecia los "Ca'Fos Cari" han representado entre nosotros LAUDES EVANGELIORUM, drama de la Pasión, que han dado a conocer en toda Europa. Concha Lagos leyó en "Ágora" a un grupo de escritores su obra DESPUÉS DEL MEDIODÍA.

MEDARDO FRAILE.